

El pasado mes de febrero se cumplieron veinte años de la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, conocido por sus siglas ENEC, realizado en la entonces Casa Sacerdotal de La Habana durante los días 17 al 23 de ese mes. Los ciento setenta y tres delegados que participamos en aquel evento, que no dudo en calificar de histórico en el sentido pleno de la palabra, fuimos testigos de un auténtico paso del Espíritu por nuestra Patria: un paso suave, no exento de inquietudes, que al final nos sorprende con la conciencia de la grandeza de lo que se ha logrado, muy por encima de nuestras pobres posibilidades, como suele suceder con las cosas de Dios (cfr. 1 Reyes, 19 11-12). El ENEC fue un fruto de la Iglesia cubana del que podemos sentir legítimo orgullo: un evento con características propias de participación, notable dentro la rica eclesiología latinoamericana, querido y guiado por nuestros Pastores; una auténtica celebración sentida y orada por todo el Pueblo de Dios que peregrinaba en Cuba en esos años. Con relación a la vida posterior de la Iglesia cubana, el ENEC fue el hito que marcó el paso de la catacumba a la luz, pero sin intervención constantiniana; fue la expresión pública de una Iglesia que decidió apostar por la fuerza de Dios a pesar de circunstancias y pronósticos.

El ENEC no surgió de la nada. El Espíritu Santo fue suscitando un proceso que se inició en los mismos momentos en que la Iglesia cubana parecía llamada a desaparecer. Comenzó en la década de los sesenta, con una Iglesia considerablemente reducida en número de fieles, en posibilidades y recursos pero que vivió con intensidad el Concilio Vaticano II, cuyos documentos pasaban de mano en mano y eran estudiados con avidez por el pueblo fiel, utilizando medios que vistos en la distancia a veces parecen increíbles.

El ENEC se nutrió de Medellín, la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, pero maduró al calor de Puebla, la Tercera Conferencia, celebrada en México en 1979. El ENEC, finalmente, es fruto de la oración, el sacrificio y el amor patrio de muchos católicos cubanos.

Es conocida la parte más inmediata de este proceso: la reunión anual de sacerdotes en El Cobre en junio de 1979 donde Monseñor Fernando Azcárate, entonces Obispo Auxiliar emérito de La Habana, hoy fallecido, lanzó la idea de tener un “Puebla cubano”; la idea va tomando cuerpo y comienza la organización de una reflexión nacional preparatoria conocida como Reflexión Eclesial Cubana, REC, que se desarrolló durante 1983 y 1984 y en la que participaron y aportaron con entusiasmo todas las comunidades católicas de Cuba; la elaboración del “Documento de Consulta” a partir de los datos acopiados y de la reflexión suscitada por la REC y su reenvío a las comunidades para su estudio y completamiento; la celebración de las Asambleas Vicariales y Diocesanas durante 1985; y, finalmente, la preparación del “Documento de Trabajo” que serviría de base para los análisis y decisiones del ENEC y la cuidadosa organización inmediata del evento. En todo este recorrido nos acompañó el apoyo y el amor de Su Santidad Juan Pablo II, en cuyo pontificado ocurrieron estos acontecimientos.

El ENEC nació con dos ejes orgánicos, con dos ilusiones, que se lograron plenamente durante su celebración y que quedaron claramente expuestas en su Documento Final: fidelidad a Cristo y fidelidad a Cuba (1). La Iglesia cubana, a través del ENEC y de su preparación, manifestó con fuerza y claridad que quiere ser signo de comunión en medio de su pueblo en cumplimiento del mandato de amar hasta el extremo recibido de su Maestro y Señor. En cuanto al modo de concretar esta comunión, nuestra Iglesia se definió a sí misma, a través del ENEC, como misionera, orante y encarnada, con renovado empeño y audaz estilo de presencia entre los hombres, a la escucha de la voz del Señor que la llama a los confines de la tierra y la envía a predicar a todos, segura de que “el Espíritu sopla donde quiere” (2).

A pesar del tiempo transcurrido, el Encuentro Nacional Eclesial Cubano mantiene plena vigencia para nuestra Iglesia. Su valoración de los avatares de la evangelización en Cuba, la riqueza y profundidad de sus fundamentos bíblicos, teológicos y magisteriales, sus precisiones acerca de cómo debe ser la vida y misión de la Iglesia cubana y en particular su acción social y su compromiso con la evangelización de los ambientes, y sus lineamientos pastorales, continúan siendo fuente segura de iluminación y orientación para toda nuestra Iglesia. Todo ello se expresa de manera clara y orgánica en su Documento Final y se concreta mediante la Instrucción Pastoral de los Obispos de Cuba de mayo de 1986, con motivo de la promulgación de dicho documento.

Demos, pues, gracias a Dios por su amor para con nuestro pueblo. Él, con su providencia, marcó, contra toda esperanza, el tiempo del ENEC. Démosle gracias también por el don de la presencia constante, en medio de nosotros, de María, la Virgen de la Caridad, cuya mano amorosa sentimos durante todo aquel proceso. Démosle gracias, por último, por todos los que hicieron posible ese acontecimiento trascendente.

Por cierto, otro notable paso del Espíritu por nuestra Patria fue la visita de Su Santidad Juan Pablo II en 1998. Esa visita también se soñó con el ENEC y ha sido, finalmente, su fruto merecido.

---

Cfr. discurso inaugural del ENEC pronunciado por Monseñor Adolfo Rodríguez, entonces Presidente de la Conferencia de Obispos y Arzobispo de Camagüey, recientemente fallecido.

Cfr. Mensaje Final del ENEC.